

trabajo. (*Vuelve a besarla.*) Y Manón, ¿está triste? ¿Llora? ¿Recuerda la fecha en que vivimos?

LISETA

Creo que sí, aunque nada diga. Suspira de vez en cuando, y me ha enviado por dos veces a comprar carmín de Portugal.

LESCAUT

Me tranquilizo.

LISETA

¡Ay, señor Lescaut! ¿Por qué tendremos las mujeres un corazón sensible?

LESCAUT

¡Para eso le tenéis bien parapetado!... Para que podáis defenderle mejor.

LISETA

¡Ay, señor! ¡Si vierais de qué poco sirven los parapetos!... De seguro que vos no habéis amado nunca.

LESCAUT

¡Pues te equivocas! Tuve un grande amor!

LISETA

¿Y qué os sucedió?

LESCAUT

Fuimos lo bastante dichosos para cansarnos pronto..., lo bastante sinceros para confesarlo, y lo bastante cuerdos para separarnos sin escenas

de esas que constituyen la felicidad de los amantes... Desde entonces...

LISETA

Sí; desde entonces, cuando se trata de mujeres, sois como César: llegáis, veis y vencéis.

LESCAUT

Algunas veces voy más de prisa. No veo siquiera. Pero si alguna vez me decido a querer, te tendré presente, Liseta discretísima. Yo te prometo que nunca te separarás de Manón, y serás siempre su criada.

LISETA

¿Entonces creéis que nunca llegaré a señora?

LESCAUT

Si no llegas no será por falta de merecimientos.

LISETA

He aquí a la bella Manón. (*Entra Manón.*)

MANÓN

¡Querido hermano! ¿Qué ha sido de ti desde ayer? ¿Qué noticias me traes del mundo? ¿Te gusta este vestido? ¿Me hallas elegante?

LESCAUT

Encantadora; como siempre. No es extraño que trastornes el juicio de jóvenes y viejos. Para ti se han hecho las cosas singulares, las galas más costosas, los diamantes... Todo es necesario a tu vida, como el aroma a las flores.

MANÓN

Me han contado que en el baile de anoche en el palacio Condé invitaron a doce mujeres alegres para animar la fiesta... ¿Qué se propondría Su Alteza con esa broma?

LESCAUT

¡Nada más claro! Realzar por el contraste la virtud de las duquesas.

MANÓN

¡Si vieras qué deseo más grande tengo de poseer una carroza con hermosos caballos y muchos servidores, y después de cansarme eligiendo frivolidades presentarme los jueves en el paseo a la moda, o por los bulevares con un traje de seda bordado en oro, el escote orlado de encajes, una sospecha de rojo en las mejillas, el pelo empolvado y coronando mis cabellos un grupo de plumas azul pálido, que al erguirse sobre un enrejado de brillantes oscilen suavemente, como negándose con gracia a los deseos y a la admiración de los que me contemplan!

LESCAUT

Nada más fácil, Manón. Queredlo, y seréis la reina de París.

MANÓN

Luego, por la noche, las cenas galantes, las noches blancas de *Cours la Reine*, noches alegres en que la gente ríe, canta, murmura palabras maliciosas, y donde a cada paso surgen aventuras, se

reconocen antiguos amigos; noches, en fin, en que el amor revolotea locamente por los corazones, hasta que la luz del día desvanece el encanto de la noche, como la razón el encanto de nuestros placeres. ¿Por qué llegará nunca el día? ¿Por qué habrá que ser razonable?

LESCAUT

Según eso, estás resuelta, ya no dudas.

MANÓN

No. Ya no dudo. Disponedlo todo. A la hora convenida estaré en el coche... Y pronto, antes de que tenga tiempo de arrepentirme. Y ahora, a escribir... Le escribiré..., es lo mejor. Empecé una carta y no sé qué decirle.

LESCAUT

Liseta, vigila.

LISETA

Descuidad, señor Lescaut. No le perderé de vista un momento. (*Sale Lescaut.*) ¿La señora quiere que prepare ya la cena?

MANÓN

Sí; prepáralo todo. Como tú quieras. (*Escribiendo.*) «La fidelidad es una virtud desprovista de sentido...» Creí que venía...

LISETA

¡Señora! Os atormentáis por no confiar a nadie vuestros pensamientos. ¿Por qué no sois franca conmigo? ¿Quién mejor que yo puede comprender lo que os sucede?

MANÓN

¿Lo que me sucede? Si yo lo supiera... Pero es el caso, querida Liseta, que mi mayor tormento es ignorar mis verdaderos sentimientos... Yo nunca he sabido lo que era cariño hasta ahora.

LISETA

¿Y vuestro hermano, vuestros padres?...

MANÓN

Mi hermano... ¡Ya le conoces! En cuanto a mis padres, ¡si vieras qué despego, qué severidad para castigar mis pecadillos! Algunas veces me daban ganas de pedirles perdón por haber nacido. Otras, en cambio, me daban ganas de huir, de escaparme, de venir a este París con el que yo soñaba a todas horas, como si una voz interior me dijera que aquí me esperaba la felicidad.

LISETA

¿Y sois feliz? ¿Habéis conseguido cuanto soñabais?

MANÓN

No, Liseta. La idea de ser una mujer a la moda, de reinar como soberana entre las mujeres, mi inclinación natural al lujo, a los placeres, me ha dominado siempre, y ahora más que nunca. ¡Ahora, que los admiro de cerca y se ofrecen tentadores a todas horas! Dime, Liseta, ¿crees que podré llegar a lo que ambiciono?

LISETA

¡Ay, señora! Me parece que aun estáis en las

primeras letras. De cualidades naturales no hablemos, porque son admirables; pero de gracias cultivadas carecéis en absoluto. No sabéis quejarnos de vapores, ni administráis con habilidad vuestra jaqueca, ni los ratones ni las arañas os asustan hasta haceros caer en convulsiones. Y si pasamos a los floreos del lenguaje, sois tan sencilla, que llamáis a las cosas por su nombre.

MANÓN

¿Pues cómo he de llamarlas?

LISETA

Con elegantes circunloquios que den en qué pensar a cuantos escuchan absortos. Si pedís un coche, no sabéis hacerle esperar a la puerta una hora siquiera. A la persona que tratáis con amabilidad un día, la recibís con el mismo agrado al siguiente... En una palabra, es preciso que estudiéis esas mil menudencias que distinguen a una mujer a la moda de una burguesa enriquecida. El abanico, por ejemplo, que un filósofo llamó «la espada de las mujeres...» ¿Habéis leído el libro de Carracioldi?

MANÓN

No.

LISETA

Es todo un tratado. Unas veces se apoya sobre las mejillas, otras sobre el escote con un clic, clic, nuncio de cólera mal contenida. Tan pronto aletea como suaves alas de paloma, mostrando el placer y la satisfacción, como se cierra de golpe

cual si dijera un «acabad, caballero», que se presenta a todo género de interpretaciones.

MANÓN

¡Eres un prodigio, Liseta! Nunca podré aprender cuanto me falta, sin variar por completo mi modo de ser.

LISETA

No desmayéis. Hoy una cosa, mañana otra, podréis ir renovando toda vuestra persona.

MANÓN

Y si no renuevo el corazón, ¿qué habré conseguido?

LISETA

Ya veo que amáis a vuestro caballero como no se estila que las mujeres amen a los hombres.

MANÓN

¿Te parece poco martirio quererle tanto y verme obligada a abandonarle? ¿Consentir que me separen de él? ¿Saber que con el tiempo habrá otra mujer que goce de su amor, que le haga olvidar a su Manón, a Manón ingrata, traidora, falsa?... ¡No, no es posible! Yo le hablaré, yo le haré comprender...

LISETA

Los hombres son muy egoístas. Cuando ellos están contentos a nuestro lado, creen que es una razón para que nosotras lo estemos.

MANÓN

¡Ay, Liseta! ¿Por qué a tan divino sentimiento como el amor han de mezclarse las preocupaciones de la vida? Los enamorados debieran vivir sólo para su amor.

LISETA

Sí. Como a San Pedro y San Pablo en el desierto, que dos cuervos les trajeran el pan en el pico todos los días.

MANÓN

De todo sabes...

LISETA

Me eduqué en un convento, y allí se aprende de todo..., hasta Historia Sagrada. Era ése el milagro que os convendría..., ¿no es eso?

MANÓN

Dos cuervos, no. Son pajarraeos horribles. Pero un ángel bueno o un hada benéfica, que se cuidara de atender a nuestras necesidades... ¡Tener que pensar todos los días en que falta dinero, en que hemos de reducir nuestros gastos, escatimar nuestros caprichos, entablar discusiones desagradables que originan disgustos...

LISETA

¡Pero es que si al amor le pintan niño y desnudito es para mostrarnos de cuántos cuidados necesita para no morir de frío! ¡Estancias tapiadas, mullidas alfombras, manjares delicados y toda suerte de halagos y de mimos!...

MANÓN

Sí, es cierto... ¡No hay remedio! ¡Hemos soñado, y acabó el sueño!

LISETA

¡Cuidado!... El señor caballero. Estad atenta cuando oigáis ruido en la calle... Con vuestro permiso, serviré la cena. *(Sale Liseta y entra de Grioux.)*

GRIEUX

¡Manón!

MANÓN

¡Ah! ¿Eres tú?

GRIEUX

¿Es así como me recibes?

MANÓN

Creí que no vendrías.

GRIEUX

¿Podía dejar de venir? ¡Bien sabes que no! ¡Manón! ¡Manón! No sé por qué leo en tus miradas más tristeza que cariño... ¿Qué te sucede?

MANÓN

¿Para qué quieres saberlo? ¿No eres dichoso cuando te miro?

GRIEUX

¿Estás preocupada? Yo también. ¿Cómo andamos de dinero? Poco debe quedar.

MANÓN

¿Para qué hablar ahora de dinero? ¿Para qué entristecernos con preocupaciones enojosas? No pienses ahora en nada... Siéntate... La cena está dispuesta... Cenemos... ¿Tienes apetito? ¿Por qué me miras así?

GRIEUX

Manón, ¿eres dichosa?

MANÓN

Sí lo soy. Muy dichosa.

GRIEUX

Sí lo somos. Lo seremos aún más. ¡Si vieras cómo recuerdo, hora por hora, cuánta ha sido nuestra felicidad desde el momento en que nos vimos!

MANÓN

¡Ya ha pasado tiempo!

GRIEUX

¿Te parece mucho?

MANÓN

No. Es que en este tiempo me parece haber vivido más de una vida. *(Entra Liseta con un plato.)*

LISETA

Ternillas de ternera a la Pompadour.

GRIEUX

¿No sabes?... Por fin me he decidido a escribir a mi padre.

MANÓN

¿Te has atrevido?

GRIEUX

Sí; antes debí hacerlo. Si no se compadece de nosotros, tendremos que dejar París.

MANÓN

¡Dejar mi París!

GRIEUX

¿Y qué importa, si nuestro cariño va con nosotros? Viviremos en el campo; yo trabajaré si es preciso.

MANÓN

Pero si tu padre enviara dinero...

GRIEUX

Aun así, debemos marcharnos. En París, yo te conozco, me conozco también... No sabremos resistir a las mil tentaciones con que nos brinda a cada instante.

MANÓN

¡Sé de tantas personas que sin más rentas que nosotros viven con la mayor ostentación! Sin duda hay recursos que desconocemos, y de que muchos se valen. ¿No te habló mi hermano sobre el particular?

GRIEUX

Sí, Manón. Pero no quiero que tú lo repitas. Son recursos indignos de un hombre de honor, que por nada del mundo puedo yo aceptar.

MANÓN

¿Por nada del mundo? Bien está. ¿Ni por nuestro amor? Entonces, cuando nos sea forzoso separarnos...

GRIEUX

¡Separarnos! ¿Qué dices? ¡Separarnos! Lo dices porque piensas que soy yo el que puede proponerle; ¿no es eso? Y quieres oír de mis labios que antes de pensar siquiera en separarnos lo aceptaría todo: el deshonor, la vergüenza, la muerte... ¡Y la muerte, juntos! Porque si pienso alguna vez en que ella sola es capaz de separarnos algún día, pienso también que será por un momento no más. Pero en la vida, ¿quién podrá separarnos? ¡No, no lo pensaste! ¿Verdad que no, Manón? Quisiste saber si yo lo pensaba, y por eso lo has dicho.

MANÓN

Por eso.

GRIEUX

¡Juntos, juntos siempre! Para mí fueron tus primeras palabras de cariño, tus primeros juramentos de amor, tu primer beso apasionado... ¡Para mí despertaste a la vida, como yo desperté! ¡Es uno nuestro amor con nuestra vida!

MANÓN

¡Sí, amor mío! Juntos siempre, siempre así. Déjame soñar... Si es preciso dejar París, lo dejaremos... Llévame donde quieras, llévame en tus brazos como una niña dormida... Y háblame

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
 ANN ARBOR, MICHIGAN
 1925

siempre así, de nuestro amor, y sólo de nuestro amor... No me dejes despertar, no me dejes abrir los ojos; ciérralos a fuerza de besos.

LISETA

¡Señor!... Sube gente.

GRIEUX

¿Quién será?

MANÓN

Espera... Te dejo.

LISETA

(Bajo a Manón.) Señora... Aguardan... Es la señal.

MANÓN

¡Sí, sí!... No abras aún... Espera... ¡Adiós, amigo mío; adiós! *(Sale Manón.)*

LISETA

(Abre la puerta y entra el conde de Grioux seguido de criados.)

GRIEUX

¡Ah! ¿Qué es esto? ¡Soltad, soltad!... ¡Padre!

CONDE

¡Por fin, caballero! No me habían engañado. ¡Soltadle, soltadle! Él vendrá por su voluntad. Dejadnos.

GRIEUX

¿Qué traición es ésta? Sin duda es Fabricio quien os ha avisado. ¡Amigo traidor!

CONDE

No busques lejos a los que te han vendido, cuando los tienes cerca. El señor Boutrón fué el que me dió noticias de tu paradero. Él, que ha sabido substituirte en el corazón de tu princesa.

GRIEUX

¡Miente el miserable!

CONDE

¿Aun te resistes a perder la ilusión de tus amores? Diez y ocho días hace que huiste con ella, siete que yo recibí el aviso de su nuevo amigo. Quedan unos once días en que puedes vanagloriarte de haber sido el único.

GRIEUX

¡Basta de burlas, que me destrozan el alma! ¡Matadme de una vez! Y ese viejo infame pretende...

CONDE

Pretende ser el amante de tu adorada. Por ella ha sabido que eras mi hijo. Y como los dos deseaban deshacerse de ti, él y tu amante me han facilitado esta entrevista inesperada. Puedes estar orgulloso de tus triunfos. Sabes vencer, caballero, pero no sabes conservar tus conquistas.

GRIEUX

¡No, no es verdad! Manón no ha podido venderme. ¡Es incapaz de tal infamia! Es ese hombre quien os ha engañado a vos y a mí. ¡Manón, Manón mía!

CONDE

Estás ciego, estás loco...

GRIEUX

¡Manón, Manón! Dejadme.

LISETA

Esta carta ha dejado mi señora para vos.

GRIEUX

Traed.

CONDE

Repito que fué ella quien os ha entregado a mi autoridad. Olvidad su nombre y agradeced la indulgencia con que estoy dispuesto a perdonaros.

GRIEUX

(*Leyendo.*) «Mi querido caballero: Te juro que eres el único ídolo de mi corazón, y que a nadie podré amar en el mundo como te adoro. Pero comprende, pobrecito mío, que en la situación en que nos vemos, la fidelidad, más que virtud, es tontería. ¿Consideras que puede existir el amor donde falta qué comer? La necesidad nos pondría en el caso de bostezar de hambre cuando creyéramos suspirar de amor. Te adoro, y de ello puedes estar seguro, pero te suplico que por algún tiempo me dejes la administración de nuestra fortuna. ¡Desgraciado el que caiga en mis redes, porque desde ahora sólo trabajaré para ver a mi caballero rico y dichoso! Mi hermano te dará noticias de tu Manón y te dirá lo que he llo-

rado cuando me he visto obligada a separarme de ti.» (*Hablado.*) ¡Padre! ¡Padre! ¡Llévame donde no pueda verla, donde no oiga pronunciar su nombre, donde vuelva a encontrar la calma, la paz del corazón, tu cariño, padre mío!

CONDE

¡Desgraciado! ¿Aun la amas?

GRIEUX

Sí, padre, sí; con toda mi alma. (*Telón.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Un salón en San Sulpicio.

ESCENA ÚNICA

EL HERMANO PROCOPIO, UNA VIUDA BEATA

PROCOPIO

¿Estáis segura de lo que decís? ¿Mujeres de ésas en la casa de Dios?

VIUDA

¡Sí, sí! Yo misma las he visto. ¡Un escándalo, hermano Procopio! ¡Este es peor que el jansenismo! Porque si dan en frecuentar la iglesia esas correntonas y se presentan como nosotras, no sé en qué nos vamos a distinguir...

PROCOPIO

Decís muy bien, señora Michón. ¡Esa es la consecuencia de las dichosas tribunas reservadas que se han puesto en el trascoro! ¡Siempre lo dije! Detrás de la celosía dorada, ¿quién distingue la casta de pájara que se oculta?

VIUDA

¿Habéis dicho pájara, hermano?

PROCOPIO

¡Pájara he dicho, Dios me perdone! ¿Pero quién no se indigna, si los que gobiernan y debieran dar ejemplo son los peores? Luego la pícara moda que ha de mezclarse en todo... Como se trata del abate de Grioux, del serafín de la Iglesia, como le llama una amiga nuestra, a quien por caridad no nombro, pero que ya podéis figuraros quién es...

VIUDA

La señora Rabuteaux, de seguro. Para ella todos son serafines; así vive en la gloria. ¿Y es cierto lo que se murmura, hermano? ¿Que nuestro lindo teólogo, el serafín de la señora Rabuteaux, vuelve a la Iglesia, como la oveja descarriada, después de un desengaño amoroso?

PROCOPIO

Ya sé que eso se cuenta. Y esa curiosidad trae aquí a más de cuatro... Vienen por verle la carita, como van a ver el sitio en que hubo un incendio, o se dió una batalla, o se cometió un crimen. ¡Ociosa curiosidad, hermana, de que el Señor nos libre! Pero no creáis esa historia. ¡Si no hay más que verle! Es un niño, una azucena cándida.

VIUDA

Dicen que será una gloria de la Iglesia... Ya se le indica para una dignidad... Nunca tuve yo el don de profecía, o será cardenal muy pronto. Ya tengo gana de ver una eminencia en buen esta-

do. ¿No creéis que la religión entra mucho por la vista?

PROCOPIO

Como veis, no han de faltarle devotos. ¡Curso más lucido! La nobleza más linajuda de París se ha apresurado a responder a la invitación del conde de Grioux para asistir al ejercicio teológico de su virtuoso hijo. Y si no me engaño, creo que... ¿No digo? La princesa de Módena. Su Alteza en persona se digna honrar nuestra santa casa. ¡Qué honor para sus pobres servidores! ¡Una hija de Francia!

VIUDA

Su Alteza la princesa de Módena, la sobrina del rey; la que, según dicen, no quiere volver a Italia al lado de su marido porque...

PROCOPIO

No divaguéis. ¿Quién da crédito a esas patrañas? ¿Ni quién habla de eso después de dos años?

OBISPO

Dígnese Vuestra Alteza pasar por aquí. El conde de Grioux y su hijo agradecerán en lo que vale tan señalado favor.

PRINCESA

¿Monseñor? ¿Vos en París? ¿Cómo tenéis abandonada vuestra diócesis? ¿No teméis que se queje por vuestro abandono?

OBISPO

¡Ah, señora! No confundáis a la Iglesia con los príncipes italianos.

PRINCESA

Yo sigo el consejo que mi tía, la duquesa de Lorena, me dió al partir para Módena: «Hija mía, sed agradable a vuestros nuevos súbditos; apresuraos a obsequiar a vuestro marido con dos o tres infantes, y regresad en seguida a París. Es el único sitio en que las princesas como vos y como yo pueden vivir tranquilas.» ¡Pobres modenenses! Estoy segura de su cariño.

OBISPO

¡Es tan natural que los súbditos amen a una princesa que vive a trescientas leguas de ellos!

PRINCESA

Deben agradecer mi permanencia en París. En su afán por hacerme grata la estancia en Módena, llevaban camino de arruinarse. A mi llegada hicieron ostentación de riqueza y buen gusto.

OBISPO

Entonces hicieron lo que debían y ahora deben lo que hicieron.

PRINCESA

Por eso no quiero volver. Vivo aquí retirada en la intimidad.

OBISPO

Con cincuenta personas a diario en vuestro palacio.

PRINCESA

¡Monseñor! Cincuenta personas constituyen la intimidad de una princesa. ¿Qué diríais si me hubieseis visto anoche llorar en presencia de todos por la separación de mi esposo y de mis hijos?

OBISPO

Diría que Vuestra Alteza es capaz de conseguir cuanto se proponga.

PRINCESA

Se me calumnia mucho, monseñor. Necesito de vuestros consejos, de vuestra experiencia.

OBISPO

Nada más fácil. ¿Habéis leído mi última «Pastoral»?

PRINCESA

No, monseñor. ¿Y vos?

OBISPO

¡Alteza!

PRINCESA

Pensaba en otra cosa. Mi impaciencia por oír al disertante... Cuentan de él una historia..., una historia de amor... ¿No podéis referirme algunos detalles?

OBISPO

¡Señora! La historia fué como dice Vuestra Alteza, una historia de amor. Los detalles puede Vuestra Alteza figurárselos mejor que yo pudiera referírselos.

PRINCESA

Entremos en la iglesia y prescindid de tribuarme honores hasta la salida. No quiero turbar la devoción. *(Salen la Princesa, el Obispo y la comitiva.)*

VIUDA

¡Qué señorío y qué finura! Cuando hablan parece que se arrojan ramos de flores. ¿Me guardaréis algo de la colación de Su Alteza, hermano? Ya sabéis que si por algún lado me llevaría el diablo sería por la golosina.

PROCOPIO

No creáis que a estas horas no ha llevado ya sus asaltos... A cada instante nos traen una dama desmayada, cuando no es un abate, que es peor que diez damas.

VIUDA

¿No es el conde de Grioux padre de nuestro santo?

PROCOPIO

¡El mismo! Con el señor Fabricio, gran amigo de su hijo. Vamos, hermana, que he de atender a mis menesteres.

VIUDA

¡Que Dios bendiga al padre de tal hijo! Los jansenistas rabiarán a estas horas. *(Salen la Viuda y el hermano Procopio. Han entrado el conde de Grioux y Fabricio.)*

5
BIBLIOTECA DE NUESTRO TIEMPO
"ALFONSO EL TERCERO"
No. 1625 MONTERREY, MEX.

FABRICIO

¿No os atrevéis a permanecer en la iglesia mientras habla vuestro hijo?

CONDE

Temo no poder sobreponerme a la emoción, amigo mío. Vos sabéis si este día es feliz para mí; tanto, que por demasiado feliz me asusta.

FABRICIO

¿No estáis seguro de su arrepentimiento? Su conducta en este tiempo es una garantía para lo futuro.

CONDE

Dios nos oiga, Fabricio. Vos, que por vuestra amistad, y sin que el respeto le impida descubrirnos su pensamiento, habéis tenido ocasión de oírle, ¿sabéis si todavía se acuerda...?

FABRICIO

En mucho tiempo no pronunció su nombre, no preguntó nunca por ella. Si yo, con habilidad, procuraba tantear su corazón, el silencio más impenetrable era su defensa. Temía yo entonces por lo mismo. ¡Aquel silencio podía guardar tantos pensamientos! Pero hace pocos días él fué quien me preguntó si alguna vez en París había vuelto a verla. Le respondí que una sola vez, en la Comedia, lujosamente ataviada. Una magnífica carroza la esperaba a la salida, y, según oí murmurar a las gentes, las liberalidades de un marqués pagaban la costa.

CONDE

¿Y mi hijo?

FABRICIO

Me oyó sin inmutarse, y sólo tuvo palabras de piedad y arrepentimiento. Entonces me aseguré de que estaba salvado, y nada tenéis que temer.

CONDE

Desconfío tanto de este fervor y de este entusiasmo de ahora... ¿No serán todavía, bajo otro aspecto, llamaradas de aquella hoguera? Ved el tema de su discurso: «Del amor divino»... ¡El amor!... ¡Siempre el amor! (*Entran la Mariscala y un Abate.*)

MARISCALA

Veréis cómo llegamos tarde por culpa vuestra: Siempre os sucede lo mismo. Por la mañana no se puede contar con vos para nada.

ABATE

Culpad a vuestra amiga la marquesa, que me entretiene en su tertulia hasta el amanecer. ¡No sabe estar sin mí!

MARISCALA

Ya se conoce.

ABATE

Anoche serían las cuatro cuando nos acostamos.

MARISCALA

¿En plural?

ABATE

Ese plural está compuesto de dos singulares. ¡Ah! El conde de Grioux está aquí. Tranquilizaos; aun no debe haber empezado el ejercicio.

MARISCALA

¡Señor conde! Pasáis delante de mí sin mirarme.

CONDE

Si os hubiera visto, señora mariscala, creed que no hubiera pasado.

MARISCALA

La galantería de la época del gran rey... Aprended, abate. ¿Y vos, conde, sepultado en vuestra provincia sin acordaros de vuestros buenos amigos de París?

CONDE

Señora..., a mi edad... ¿Qué lucido papel puedo yo representar en la corte?

MARISCALA

Si todos pensáramos así, París se quedaría desierto. Ya veis, para representar un papel como el mío sería preciso ser hermosa y joven.

ABATE

¡Ah, señora! Vos sois la mejor demostración de lo contrario.

MARISCALA

Señor abate... No tratéis de parecer grosero por el afán de agradar a las señoras.

CONDE

Ahora reparo... ¿Estáis de luto? ¿Habéis tenido alguna desgracia?

MARISCALA

Desgracia, no. Es que me he quedado viuda hace dos meses.

CONDE

¡El pobre mariscal! ¿Cómo fué? Su salud parecía excelente.

MARISCALA

No me lo recordéis. Fué una cosa horrible... En el primer momento sí creíamos todos que se moría, pero de pronto mejoró tanto, que el médico le había permitido comer y levantarse... Dos horas antes de morir estuvo hablando como siempre. Recuerdo que me dijo: «¿Me han limpiado la casaca? ¡Traedme el papagayo!» Y estuvo dándole sopitas de chocolate. ¡Ya veis, con todo su conocimiento y su inteligencia de siempre!

CONDE

¡Vaya por Dios! Como al veros os hallé tan risueña..., no pensaba...

MARISCALA

¡Ayer, ayer era cuando debíais haberme visto! Hay días en que sin saber por qué le recuerdo más que otros.

ABATE

Si hubiera muerto joven le recordaríais todos los días.

MARISCALA

Pero no os he hablado de vuestro hijo, y vengo únicamente por verle. Dicen que es un santo, y en sus discursos admirables... ¿Quién me dijo el otro día que le había oído hablar del infierno como un ángel? Todos le pronostican un porvenir glorioso.

ABATE

Creed que el porvenir es de los eclesiásticos. Si Su Majestad se decidiera a confiar el gobierno en manos de cualquiera de nosotros, del más modesto, de mí mismo...

MARISCALA

¿Creéis, señor abate, que por haber tenido bastante talento para hacer la desgracia de varias mujeres poseéis bastante para hacer la felicidad del Estado?

CONDE

¡Siempre lo mismo! Para vos no pasa el tiempo.

MARISCALA

Eso dicen mis acreedores.

CONDE

¡Cómo! ¿Todavía estáis en su poder?

MARISCALA

Cuanto más quiero arreglar mis asuntos, más los embrollo. El rey me ha pagado tres veces mis deudas, la reina me ha nombrado su dama de honor para proporcionarme un sueldo, la

favorita me ha asociado a sus juegos, el primer ministro me ha enseñado a hacer trampas... ¡Todo inútil! Cada día me arruino un poco más.

CONDE

Permitidme un consejo. Dejad la Corte, retiraos como yo a una de vuestras posesiones.

MARISCALA

Ya lo he pensado. Pero... ¿y si emprendo el viaje y luego me aburro? Además, esa es la única esperanza que me queda, y no quiero perderla. ¿No sabéis que debe uno reservar siempre un sitio adonde no vaya nunca, pero donde uno crea que será muy dichoso cuando se decida a ir?

ABATE

Cierto. Esa idea ha bastado para que se acredite el Paraíso.

MARISCALA

Es inútil aconsejarme; seguiré como hasta ahora. Y si no me muero a tiempo, me retiraré a un convento, adonde llevaré mi tertulia como tantas otras, o me entregaré a la devoción como Su Alteza. (*Entran la Princesa, damas, cortesanos el Obispo, etc.*)

DAMA 1.^a

¡Admirable! ¡Qué elocuencia!

DAMA 2.^a

¡Qué fuego!

DAMA 3.^a

¡Y qué voz tan dulce!

CORTESANO 1.º

Su Alteza se ha desmayado... Acercad un sillón.

TODOS

(*A un tiempo.*) ¿Qué ha sido? ¿Qué pasa? ¡Un frasco de sales! Abrid las ventanas.

OBISPO

¡Señores, señores!... Si no habláramos más que cuatro a la vez...

DAMA 1.ª

Ha sido un vapor... Un frasco de sales.

OBISPO

Tomad el mío. Me las traen de Inglaterra con mis encajes.

CONDE

Veo que ha terminado, señora mariscal... ¿Me permitiréis que vaya a abrazar a mi hijo?

MARISCALA

¡Y yo sin oírle! Siempre me sucede lo mismo. (*Sale el Conde.*)

OBISPO

¡Ya vuelve, ya vuelve! Las azucenas se convierten en rosas.

MARISCALA

¿Qué le ha sucedido a Su Alteza?

PRINCESA

¡Ah, la mariscal de Luxemburgo!... Nada. ¡El calor, la emoción!... ¿No habéis oído?... Todos lloraban.

MARISCALA

¿También Vuestra Alteza?

PRINCESA

Yo también hubiera llorado, pero esta noche ceno en Palacio. ¡Qué hombre, mariscal! Mejor dicho, ¡qué santo! ¡Qué conceptos sobre el amor divino! ¡Qué pintura sobre las penas del infierno! El demonio parecía hermoso pintado por él.

DAMA 1.ª

¡Edificante, edificante!

CORTESANO 1.º

¡Un Lacordaire!

OBISPO

A mí, declaro que me ha aburrido. No salí antes por no escandalizar al auditorio.

PRINCESA

¿Escandalizarle vos? ¡Qué ideal... (*Entran de Grioux, Fabricio y el Conde.*)

TODOS

¡Muy bien, muy bien! ¡Admirable!

DAMA 2.ª

¡Sois la honra y el orgullo de San Sulpicio!

DAMA 3.ª

¡Qué oración!

CORTESANO

¡Qué ciencia!

DAMA 1.^a

Habéis humillado a vuestro adversario.

CONDE

¡Hijo mío!

OBISPO

¡Señor abate! Su Alteza desea felicitaros por vuestro triunfo.

GRIEUX

¡Señora..., tanta honra!

PRINCESA

Espero que no será ésta la última vez que oiga vuestra palabra, que os aseguro me ha conmovido profundamente.

GRIEUX

Señora...

PRINCESA

Si de algo vale mi protección, podéis disponer de mí.

GRIEUX

Nada ambiciono. Por ahora mis estudios reclaman por completo mi atención y la soledad y el silencio.

PRINCESA

Sin embargo, el trato de gentes, la buena sociedad convienen a un joven de vuestras esperanzas. Para hablar del cielo hay que conocer al mundo.

ABATE

(Bajo a la Mariscala.) La princesa omite los otros enemigos.

PRINCESA

Mi casa está siempre abierta para vos.

GRIEUX

Si alguna vez mis superiores me permiten salir de San Sulpicio, creed...

CONDE

¡Monseñor! El público aguarda vuestra bendición. Con permiso de Su Alteza.

OBISPO

Vamos. Señora, acompañadme. A la salida debemos tributaros los honores.

PRINCESA

Vamos... ¡Es demasiado tímido! Como todos los hombres de mérito, pierde mucho de cerca. *(Salen todos menos de Grioux y Fabricio.)*

GRIEUX

¡Fabricio, amigo mío!

FABRICIO

¿Estáis contento?

GRIEUX

Sí. No por vanidad de este triunfo mundano, que por mí nada estimo. Si algo dije digno de este lugar, fué la palabra de Dios que habló por mis labios. ¿Y ahora estáis seguro de mí? Aquí

me tenéis tan cambiado, que cuando pienso en el tiempo transcurrido y en las locuras pasadas, me desconozco a mí mismo. Sin vuestros consejos, sin vuestra amistad, ¡qué hubiera sido de mí!

FABRICIO

Vuestra conversión es mi mayor consuelo en esta vida. ¿Qué os sucede?

GRIEUX

¡La emoción, el cansancio!... Creed que una fuerza superior era la que me obligaba a hablar, la que me sostenía.

FABRICIO

Descansad un momento. Yo debo ir con vuestro padre, compartir con él la molestia de saludar a tanta gente. Él también está muy emocionado. Esperadnos aquí y reposad, si os dejan. *(Sale Fabricio. Entra el hermano Procopio.)*

PROCOPIO

Señor abate, señor abate... Perdonad... Una dama.

GRIEUX

¡Qué inoportunidad!

PROCOPIO

Conmovida por vuestra palabra, deséa hablaros. Acaso una conversión, un milagro... ¡Quién sabe!

GRIEUX

Hacedla entrar. *(Sale el hermano Procopio. A poco entra Manón.)* ¡Manón! ¡Manón!

MANÓN

Sí, yo soy. ¿Esperabas, o temías verme?

GRIEUX

¿Por qué has venido? ¿Por qué has venido?

MANÓN

Porque no podía vivir sin tu perdón.

GRIEUX

Te he perdonado. Lo he perdonado todo. ¿Por qué has venido?

MANÓN

Porque te quiero siempre...; porque no puedo vivir sin tu cariño.

GRIEUX

¡Calla, calla! Habla de perdón, no hables de cariño.

MANÓN

Desde que supe que estabas en París, mi único pensamiento era verte. ¡He llorado tanto!

GRIEUX

¡Manón! Déjame...; no puedo oírte..., no debo escucharte... ¡Déjame, déjame; en nombre de Dios te lo pido!

MANÓN

Si. Fuí traidora, perjura. Merezco que me odies; pero no puedo vivir sin ti. Tu amor era mi vida. Fuí traidora porque me hicieron creer que debía sacrificar mi cariño por tu felicidad, para que tu padre te perdonara, para que algún día agradecieras mi sacrificio... Pero no era verdad, me querías demasiado y para ti no existía más felicidad en el mundo que mi cariño..., y mi sacrificio debió parecerse una traición infame, y me odiaste y maldeciste mi nombre. ¿No es cierto?

GRIEUX

¡Manón!

MANÓN

Pero no pudiste dejar de quererme, y como yo en ti, pensabas en mí siempre... Y recordaba nuestros días de amor, nuestras palabras de cariño, nuestras caricias, y sólo recordarlas era la única alegría de mi vida.

GRIEUX

¡Calla, calla! ¡Dios mío!

MANÓN

Si yo hubiera creído que eras dichoso...

GRIEUX

¡Lo era! Dios había devuelto la paz a mi corazón.

MANÓN

No, no es verdad... Si tú tampoco has podido olvidarme. Si me hubieras olvidado, hubieras

buscado en nuevos amores y placeres el olvido o el aturdimiento... Pero no, te refugiaste en la soledad para pensar siempre en tu Manón, siempre... Si dijiste que pensabas en Dios, engañaste a todos, te engañaste a ti mismo. ¿Verdad que no dejaste de pensar en mí sólo, en mí siempre... como yo en ti? ¡Si no es posible otra cosa aunque diéramos la vida por que no fuera!

GRIEUX

¡Traidora Manón, traidora! Siempre la mentira...

MANÓN

Si no me defiendes, si no me disculpas... Lloro nada más; ya lo ves, lloro...

GRIEUX

No, no llores así...; no me mires así tampoco. ¿Qué pretendes de mí? ¿Por qué viniste?

MANÓN

¿Nunca pensaste que pudiera volver a verte?

GRIEUX

No lo pensé..., no quería pensarlo. Sabía que al verte lo olvidaría todo... No llores, no hables... Si te perdono, si te he perdonado... ¡Calla, calla, Manón!

MANÓN

¡Oh, amor mío, amor mío! ¡Mi único amor! ¡Tú sólo y para siempre!